ORACION
PANEGIRICO-MORAL

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION

celebrada en la parroquia

DE

SANTA MARINA

de esta ciudad,

EN OBSEQUIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA,

CON EL TIERNO EPITETO

DE PASTORA DIVINA

pronunció

el M. R. P. Fr. P. T. C.
Lector en su convento casa-grande del Cármen calzado
el dia 31 de Agosto de 1834.

SEVILLA.

En la imprenta del diario de Comercio, calle de la Muela.
Setiembre de 1834.

Statuet filios sub tegmine illius, et sub ramis ejus morabitur: Ecclesiastici: cap. 14 ℣. 26.

Defenderá á sus hijos con su egida, los acojerá bajo la apacible sombra de sus verdes ramas.........

El corazon humano es naturalmente piadoso: nada es bastante á estinguir en él una sensibilidad religiosa que le induce irresistiblemente á sacrificar sus primeros afectos al pie de algun altar, y á consagrar sus respetuosos homenages al númen inmenso, al cual tienden los deseos mas puros de su alma. El supremo Artífice, que en la ordenacion de los seres, creó leyes invariables, sobre las que jirase constantemente el mundo físico, grabó en las inteligencias, que destinaba á organizar un mundo moral, otras no menos poderosas, cuya ecsistencia jamas podrá desconocer el hombre, cualquiera que sea el estado de abyeccion y abatimiento á que le hayan arrastrado sus atolondradas y orgullosas pasiones. Percíbese á lo lejos de la rápida carrera de los siglos, y por entre las ruinas y escombros de los pueblos que aquellos arrebataron consigo, una voz enérjica que publica con acento imponente una irrecusable verdad á la faz de las jeneraciones presentes: voz que resuena en el silencio de los sepulcros, que se oye en todos los ángulos de la tierra, que vagando en todas direcciones, parece ser el último aliento que espiran las razas agonizantes, y el primero que inspiran las que atravesando el obscuro imperio de la nada, se presentan en el vasto teatro del mun-

do para desaparecer en breve cual un metéoro luminoso agitado del aquilon.

La edad presente, mal que le pese, repetirá á su turno aquel eco magestuoso, y dará esta leccion importante á los que ahora ¡ ay de mí! envueltos en las sombras de la nada, y ocultos bajo el negro velo de la eternidad, serán arrojados sobre nuestro globo para disputarnos su imperio, y desalojarnos de la rejion de los vivos, y hundirnos en lo profundo del sepulcro, y sentarse impávidos sobre nuestras áridas cenizas. Si la filosofía empleó suspicaz todos sus recursos, y jugó mas de una vez sus insidiosos resortes para borrar del pecho humano aquella ley eterna, elemento augusto del ser moral, que con caracteres indelebles insculpió el Dios de las alturas, se convenció tambien de la impotencia de sus embates, y en su furiosa desesperacion vió, que toda su enerjía, desplegada ignominiosamente y por un abuso y trastorno fatal de sus luces, se estrellaba contra aquel monumento de la Divinidad, el cual descansa como en sus inalterables bases, sobre la piedad y sobre la religion. Ni fué otro el término malhadado de la formidable lucha de los monstruosos jigantes en la mitologia contra los dioses del Olimpo.

Sus alevosos conatos, precursores siempre de los uracanes y de las tempestades, concitaron en el corazon humano la sublevacion de las pasiones mas inmundas, atizaron la tea de la discordia, produjeron desgraciadamente afecciones contrarias, eterogeneidad de sentimientos; no empero pudieron extinguir, no sofocaron en su origen aquel jérmen de piedad, vínculo estrecho del cielo con la tierra, y que rechaza desde la infancia del mundo, aunque con éxito disigual, los sangrientos tiros de aquella. ¡Amálgama funesta que solo pudo arreglar la delirante fantasía del hombre, pero de cuya violenta combinacion resultaron en su razon dos pensamientos que se combaten, dos voluntades en su alma que mútuamente se destruyen,

y en su corazon dos inclinaciones opuestas, que contendiendo entre sí, le sumergen en un abismo de desgracias!

Al atento é imparcial observador, que se cuida de analizar al hombre en sus relaciones morales, que repasa ligeramente los fastos de los tiempos, que recorre aunque con rapidez los anales é historias de los pueblos, no se le ocultó jamas una verdad, que lo es de todos los paises, y de todas las rejiones: que la relijion es el elemento vital de la sociedad, que la piedad es el centro de atraccion del corazon humano, que fuera de sus radios y esfera de accion todo es desorden, caos formidable, horrorosa confusion. Cualquiera que sea la discordancia que desuna las naciones del globo, cualquiera la disconveniencia que las separe segun la influencia del clima, de las leyes, de las costumbres; la piedad para con los dioses se levanta como un sentimiento universal, que recuerda á los mortales sus vínculos indisolubles, que les instruye de su comun orijen de un solo progenitor, y les asocia en una numerosa familia, incontrovertible patrimonio del cielo.

Caracter celestial que confunde en un solo cuerpo moral los diferentes pueblos, sello de la diestra del Escelso que marca indistintamente todas las naciones, la piedad aprisiona, subyuga con cetro suave no menos á los infelices que pasan una penosa ecsistencia, envueltos en los eternos hielos de los polos, que á los que no tan infortunados moran bajo la influencia de los trópicos, y á los que respiran el aire de una zona abrasadora. El interés no obstante de las mas viles pasiones alcanzó con tiránico dominio deplorables ventajas sobre aquella. Su soplo ardiente gangrenó el corazon humano sus torpes halagos pervirtieron la voluntad, y sedujeron la razon flaca de los mortales. Asi consiguió en último resultado, aunque no arrancar del pecho humano aquel jérmen divino, viciarlo en su principio, distraerlo de su primitivo objeto, profanarlo en todos sus respectos.

En tal estado solo la mano fuerte, cuyo amago puede criar y destruir infinitos mundos, supo impedir la total ruina del inviolable santuario que se habia dedicado en el corazon de los humanos; solo ella podia restaurar su indisputable imperio sobre aquellos: y este es el grandioso plan que llevó á cabo, promulgando en toda la extension de la tierra leyes santas, emanacion de la fuente de su eterna justicia, cuyo complecso forma el divino código del cristianismo, que adquirió su sancion con la sangre de una víctima inocente. Su luz brillante, derivacion del cielo, penetra por entre las tinieblas que obscurecian la razon del hombre, despierta de su letargo su triste corazon, y rectifica y depura sus afectos. Tambien fueron desterradas las densas sombras de aquella lúgubre noche, en la que los míseros mortales vagaban errantes á merced de toda doctrina; y restituido el corazon humano al seno de una santa piedad, que fecunda en ópimos y sazonados frutos, les hace gustar las dulzuras de una vida llena de encantos.

Semejantes pensamientos no pueden menos de ser altamente consoladores al humilde cristiano que vive gustoso al abrigo de la cruz del Humanado, y de afectar el alma de los que, guiados de una razon desembarazada de todo jénero de preocupaciones, establecen una justa comparacion entre la piedad que inspira la relijion del Crucificado, y aquel inconstante sentimiento tan mal interpetrado de la filosofía, que desfigura su naturaleza con inepcias y supercherías, y tan groseramente esplicado por las religiones del paganismo. Tampoco el orador cristiano debia perder de vista el ameno y dilatado campo que le ofrece aquel extraño paralelo, y he aquí por qué, constituido yo en tan venturosa posicion, cuando he de pronunciar un panegírico en loor de la Santísima Vírgen, como Pastora de las almas cristianas, debí aprovechar tan lisonjeras ventajas, con que consiga, si el Cielo no me deniega sus favores, estimular vuestra can-

dorosa piedad, y escitar tan plausible devocion. Piedad digna ciertamente de la alma relijion que la garantiza, y que parece consultar todas las ecsigencias del corazon humano. Asunto que me prometo demostrar en la siguiente única proposicion. *La devocion á la Santísima Vírgen María con el tierno título de* Pastora *está en la mas perfecta armonía con la relijion santa por sus respectos morales, y es ademas análoga al corazon humano, cuyas necesidades previene esta, y evita cariñosa.*

Secundad, Padre de las luces, y perfeccionad las intenciones relijiosas que os dignasteis inspirarme. Deseo solo buscar el honor y gloria que os son debidas en el engrandecimiento y santidad de vuestra inmaculada Madre. Inclinemos, cristianos, hácia nosotros el favor de aquella, diciéndola sumisos; Ave María...........

La relijion cristiana es absolutamente incompatible con la supersticion. Ella fulmina del mismo modo contra el fanatismo su terrible anatema, que conmina á la enmascarada y blanda hipocresía, cuyas mentidas ficciones y simulados disfraces tiene sumo interés en descubrir. Es una calumnia imperdonable, y que adolece de una anomalía impudente, acusar de supersticiosa á una relijion, que desde su cuna se afana constantemente, sin perdonar sudor ni fatiga, en alumbrar la ignorancia de los mortales, cuya débil fantasía, á muy pocos esfuerzos, se ocupa de aquellas ilusiones y de aquel estupor horrendo que engendran á la primera; y la cual tambien trabaja asíduamente por reprimir con mano fuerte el torrente impetuoso de las pasiones ecsaltadas, de las que desciende el segundo, sin omitir tampoco ninguno de aquellos medios poderosos que socaben y minen por sus cimientos el sórdido interés de la última. No temamos, no, decirlo de una vez para siempre: la relijion cristiana protesta, depone contra todo jénero de supersticion, proscribe y persigue inecsorable todo fanatismo, se declara inflecsible contra la hipo-

cresía. Nada importa que la impiedad con osadía y descaro y con tan embarazosa lójica como siniestra intencion, nos presente en ademan de triunfo lúgubres cuadros, en que estan amontonadas las groseras flaquezas de la supersticion, las horrorosas conflagraciones del fanatismo, y los ímprobos engaños de la hipocresía. Tenemos afortunadamente una contestacion perentoria que darles: esos monstruos, reparad, son obra del miserable hombre que, mirándolo todo por el prisma de sus pasiones, nada hay que no trueque y cambie, nada que no desorganice y desnivele: bien asi como la mano imbécil de un fátuo desarreglaría desgraciadamente la mas hermosa y acabada máquina, cualquiera que fuese su consistencia, si intentase su analisis y descomposicion, no dirigido del diestro artífice. No, no conseguirán jamas cargarla con la responsabilidad de los abusos que de ella puedan haber hecho algunos cristianos, contra los cuales se pronuncia enérgicamente, y cuya conducta reprende sin el menor disímulo ni deferencia.

El culto de las imájenes que aquella ha hecho recomendable, el cual lleva consigo la respetable sancion de tantos siglos, creen los novadores que les ofrece nuevas armas para descender á la arena, y ensangrentarse en su perpétua lucha con la relijion del Crucificado; empero ilustrado, dilucidado segun sus máximas, no debia ser de modo alguno, á pensar con sinceridad y cordura, la piedra de escándalo en que no tropezase su escrupulosa razon. Que entiendan de buena fé, y sin una desfarable prevencion, las instrucciones que deben regular y dirijir nuestra adoracion, y queda dirimida de hoy mas la exagerada cuestion que tanto ruido ha dado al mundo desvirtuado y avezado al crimen, y conque tanto han aturdido nuestros oidos. ¿Que tienen de comun sino aquellas humildes estátuas labradas sobre el tipo y modelo de héroes inimitables, cuyas singulares virtudes inmortalizaron justamente su memoria, y trasmitieron á la

posteridad gloriosos recuerdos de una fama póstuma que esparce por do quier el suave olor de santidad que afecta al mismo impío que se revuelca en el cieno de los mas vergonzosos vicios? en que se confunden, deciamos, á aquellos bustos que la piedad cristiana coloca sobre sus altares, ante los cuales se prosterna el aflijido mortal con la sencillez de un párvulo, y dobla sus rodillas ó inclina su cabeza el candoroso cristiano con los viles simulacros é idolos del paganismo marcados con el infame sello de una vergonzosa impudicicia y de una prostitucion ridícula? ¿No son aquellos el emblema de una virtud consumada, que sufrió las pruebas del dolor y de la desolacion? ¿Son estos otra cosa que el torpe símbolo de las pasiones frenéticas ébrias en su furor, y aletargadas, ¡oh dolor! en el lodo de una obscenidad asquerosa......! apresuremonos á correr un misterioso velo sobre espectáculos nefandos que degradaron y mancillaron á la humanidad, y cuya descripcion por otra parte, no tolera el honesto lenguaje de una relijion esencialmente pura y celestial.

¡Ah! ¿y por qué se nos quiere obligar á que disimulemos nuestro amargo dolor, y á que comprimamos la acerva pena que aqueja nuestro corazon, cuando sabemos que la filosofía y la política de las naciones cultas hicieron uso de los mas dilicados pinceles, para trazar eu el lienzo aquellos genios equívocos, cuya espada, semejante al rayo esterminador que se escapa del centro de las nuves, cubrió tantas veces el campo de víctimas inocentes, é hizo correr torrentes de sangre para saciar su ambicion; ó cuya pluma mojada en la hiel de la impiedad, derramó un letal veneno, que no bien se propagó y cundió en la sociedad, cuando ya se estremeció y tembló sobre sus bases el edificio moral en toda la estension del globo habitado; y al mismo tiempo se reusa transijir con la relijion porque levanta sus estátuas ó erigió otros monumentos á aquellos venturosos mortales que no dudaron inspirados del cielo, sacrificarse en las aras de la caridad cristiana, y

que, cual astros benéficos, brillaron solo para presajiar á los hombres el consuelo y las bendiciones del Eterno, cuya desaparicion fué de funesto agüero al indijente y desgraciado? Sin embargo, jamas, por mas que procure otra cosa el genio del mal, jamas, pueblo cristiano, interesarán tanto al corazon sensible, al alma virtuosa las estátuas inhonestas del vetusto Saturno, del tonante y desapacible Júpiter, del tremebundo Vulcano, del tempetuoso Neptuno, de la impúdica Venus, ó de la celosa Juno, como las imájenes en nuestros templos, ó de un Gerónimo en el desierto encorbado bajo el peso de los años estendiendo sus comentarios sobre la Biblia, é hiriéndose el pecho con una piedra para refrenar las últimas inquietudes, los posteros borrascosos estímulos de la carne conjurada; ó de una Santa Paula que en las cuevas de Belen, desavezadas de los placeres de Roma, abatia su rostro penitente hasta el polvo que habian hollado los pies del Redentor, ó de algun ínclito martir que inclina su humilde garganta bajo el hacha del verdugo, que arrebatára al mundo, con descomunal golpe, la virtud y la constancia mas imperturbables, ó de la inocente Vírgen, que en una aptitud penitente, se le compara á la cándida azucena del valle, á quien marchitaron los ardorosos vientos del austro, ó á una lámpara inestinguible, que habia de arder delante del Cordero inmaculado; ú como las efijíes, al fin de la Madre de Dios, en ademan, ó de oprimir con su augusta planta la erguida cerviz del formidable dragon, ó de detener aquella terrible espada que vibrando en la mano del Omnipotente, amenazára al mundo su infausto esterminio, ó de abrigar bajo las alas de su proteccion al azoroso mortal á quien acobardára el aspecto del Leon soberbio que brama sediento de alguna víctima.

Piedad, sí, Don precioso del cielo que llenas la vaciedad ínmensa del corazon humano, baja ahora de tus divinos alcázares, y batiendo tus hermosas álas en la region de los mortales, háblales una

vez tu tierno lenguaje: yo te invoco, yo te llamo en el momento crítico en que he de interpretar tus palabras de ambrosia y dulzura á un pueblo que reverencia y acata á la Madre del Unigénito del Padre, como Pastora de una grey cara á su compasivo corazon. Ven, háblales hoy los encantos y embelesos de la devocion relijiosa. Empero será bien que escuchen antes tus luminosas lecciones los que conociendo el volcan sobre que se mueven, y avisados de los multiplicados lazos que un enemigo comun les tiende en todos los pasos de su peregrinacion, aspiran á anidarte en su pecho, para guarecerse, bajo la proteccion celestial de aquella, del peligro y riesgo inminente que corren en su destierro.

Sustraerse al imperio de las pasiones, que en su esacerbacion enervan la vida del corazon del hombre; procurar la omnímoda posesion de las virtudes que la religion cristiana demanda de aquellos que siguen sus estandartes; he aquí, pueblo religioso, los sacrosantos deberes que apremian al amante de la Pastora divina. Cuando superiores á los torpes halagos de una naturaleza descaecida y deteriorada en su primero y mas robusto tronco, abjure de las seducciones del mundo, y rompa las trabas que le implican y enredan en mil dificultades que le hacen espinoso, y le obstruyen el camino de la perfeccion cristiana; cuando docil y asequible al llamamiento del cielo, estudie conformar y ajustar estrictamente sus acciones al tenor de las máximas y preceptos prescriptos en el Evangelio, será cuando el cristiano no llevará en vano el nombre grato de humilde devoto de la Pastora María, y cuando podrá alegar justos títulos para interpelar con écsito feliz su influencia y valimiento cerca del trono del Excelso. Su advocacion nos atraerá sus miradas benéficas, si émulos de la conducta de los justos, copiamos en nosotros el ejemplo de sus virtudes. La depravacion en las costumbres frustra los resultados felices de aquel talisman precioso: una

ley eterna de repulsion desune y aleja á este de aquella; y en su consecuencia el que con labio manchado articuló el nombre de María, que tema, no quede abandonado á un destino incierto y espuesto á las oscilaciones y vaivenes que le prodiguen azares y tormentos incalculables.

Por lo demas, el culto entre nosotros que hace de la Reina de las Virgenes una Pastora amante que se desvela por la inmunidad y salvacion de un inmenso rebaño, á quien observa el rapaz lobo que atraviesa y discurre furibundo el campo de la Iglesia, para devorar las tímidas ovejas que se pongan al alcance de sus garras, abunda de reflexiones morales, y encierra una alegoría de una aplicacion exacta y rigorosa. ¿Vistéis alguna vez esparcirse en las incultas llanuras de un campo, ó estenderse á lo largo de un verde prado ó encaramarse por los encrespados cerros del desierto á una grande grey, que dócil al cayado del sencillo pastor, busca entre las malezas el saludable pasto que le nutriera y conservara, esperimentando á la vez la crudeza de las estaciones de la esterilidad, ora la violencia del ardoroso estío, ora la accion del helado cierzo, y ya al fin la inclemencia de los temporales, alterados de las aguas, de los hielos y de las escarchas? ¿Y reparasteis tambien como el sangriento lobo con su acostumbrada astucia y natural sagacidad, espia y acecha el momento de su apetecido asalto para afianzarse de la presa que ha de saciar su hambre rabiosa? ¿Y observasteis últimamente al sufrido pastor, que sostenido sobre su báculo, se situa en las alturas y en los collados para lanzarse sobre aquel, é impedir que acometa furioso al inocente redil, al cual, receloso del peligro, apriscó el en su derredor? Pues he aquí un simil sencillo que esplica con mucha oportunidad la suerte de los humanos sobre el valle de su peregrinacion, á quienes asedia el Angel de la tentacion, solícito de cebarse en víctimas humanas que adornen

su carro triunfal: y en verdad que nuestra posicion es bastante precaria, para que aquel no coronase su audaz empresa, si la Reina de las Virgenes no nos ofreciese su asilo y amparo maternales.

Tal vez la filosofía extrañe mucho este lenguaje, y con su afectada dignidad se desdeñe de oir una doctrina que no se infiere inmediatamente de sus principios: tal vez tambien, y no nos apercibe de ello ningun temor, se arroje desde sus tribunas para satirizarla con su crítica mordaz: empero no embocemos mas la verdad por el escrúpulo de exaltar su cólera; y aseguremos francamente, que demasiado rastrera, sus simpatias son mas bien con el inmundo gusanillo, cuya análisis y anatomía le entretiene en sus elaboratorios, ó con otras sustancias, bien poco significantes á la verdad, del reino orgánico é inorgánico, cuyas afinidades con gravedad académica prueba conocer en sus aparatos químicos: y cuando prematuramente se felicita de sus indagaciones á la vez de muy poca importancia, calificará estos sentimientos de un drama, forjado por las cabilaciones y embrollos de la supersticion. Pero ¡ah! que no quiere entender de buen grado, que pasará ella con todos sus encantos, y aun se pulverizarán sus mas famosas obras, y aquellos subsistirán impunes en el corazon humano á despacho de sus propias manias, y de los caprichos y delirios de los siglos.

En el interin no aventuraremos ni arriesgaremos la verdad si decimos, que la piedad religiosa que aclama á la Santísima Vírgen María como Pastora vigilante de un rebaño rescatado en la sangre del Cordero, al cual rodea una infernal serpiente para ahogarlo, si le fuese posible, èn su lóbrego seno, tiene mas atinjencia y atractabilidad con el corazon humano y su instinto religioso que todos sus bellas teorias y enredosos sistemas.

Si, cristianos, apelo á los sentimientos de vuestra conciencia en mi plan de rebatir los argumentos especiosos de la incredulidad.

Publicad ingenuamente aquel suave consuelo y contentamiento que se insinuaban y derramaban en vuestro corazon, cuando temerosos de ser aherrojados en el sombrío abismo del vicio, y desalentandos con el conflicto y choque de las mas vehementes pasiones, depositasteis vuestra esperanza en la Santísima Vírgen, é insiguiendo el ejemplo de vuestros ascendientes, de quienes recibisteis aquella tradicion religiosa, confiasteis vuestra suerte á la Pastora María. Las tiernas lágrimas, que abatidos delante de sus aras, surcaban vuestras mejillas, ¿no aliviaron la amargura de vuestra intensa pena? El dolor arrancaba de vuestro pecho profundos suspiros, cuando alzabais la turbada vista para mirar su hermoso rostro, pero entonces principiaba ya á rayar la risueña aurora de una venturosa esperanza. Los dulces presentimientos y emociones que amanecian y se asomaban en vuestro corturbado pecho, comenzaron á aclarar aquel nebuloso horizonte, y con esto se os anunciaban dias mas bonancibles. Jamas por otra parte lo desmintió la experiencia de los tiempos,

¿Qué calamidad afligió jamas á los pueblos, diseminados en el ámbito del globo, que no remediase el amor de esta inocente Pastora? ¿Cuándo desoyó los lamentos del desdichado? ¡Y aun se nos quiere privar del único recurso, que en las tempestades é infortunios de nuestra triste condicion, y cuando nos abandonan los mismos que nos pusieran tal vez al borde del precipicio, puede atenuar las pesadumbres de la vida, y aligerar el enorme peso que oprime á los mortales! Pero si en el culto que tributamos á la Madre de Dios, se nos pudiese reconvenir de algun exceso reprehensible, exhortariamos á la filosofía, á que en obsequio del infeliz y miserable, disimulase un error, que á existir, seria de muy efímera trascendencia. Nuestra demanda adquiere tanto mas derecho, cuanto que aquel punto de apoyo es de absoluta necesidad al

desgraciado, y cuanto que la relijion moderará los arrebatos de un celo indiscreto, y suppeditará las leyes de un culto razonable. De cualquier modo es escandaloso que la filosofía, cuyas estravagancias y necedades (y sea dicho de paso) estamos cansados de indultar, á veces á muy costoso precio, sea intolerante solo respecto de la piedad cristiana. Entreveemos las causas de su pertinaz persecucion, pero no usaremos de represálias, insulténdola á nuestro turno.

La devocion de María, que se pierde en la noche de los tiempos, reune los votos del desvalido, y cuenta con los sufrajios de los pueblos del cristianismo; y sino podrá designarse un rincon, ni aun el mas incógnito del vasto imperio de la Cruz, en el cual no se le haya consagrado algun altar, es porque en todas partes se hizo sentir su celestial influencia. ¡ Y ahi de aquel que en alguna ocasion apurada no invocó á María en el fondo de su alma! Podriamos señalar un pueblo que no recusaria nuestros argumentos en fuerza de la predilacion que mereció constantemente de aquella hija de David: tal es la venturosa España...... ¡España!...... amada padria mia; ¡en qué circunstancias se huyó tu mágico nombre de mis labios y resonó en las bóvedas de un templo! ¡ay! ¡por qué se escapó á mi lengua en el medio del pueblo español, en cuyos condolidos pechos debia hacer una impresion tan profunda! ¡Qué recuerdos, cielos, trae ese dulce nombre á nuestra memoria en esta ocasion aciaga, en esta crísis peligrosa! ¡Yo lo pronuncié, Dios mio, insensiblemente, cuando una funesta hidra, que salió de las entrañas del abismo, multiplicó sus venenosas cabezas en mi patrio suelo, cuando un jenio fatal comunicó un atropellado movimiento á todas las máquinas de muerte!

Si, pueblo español, caminas sobre carbones encendidos, sobre un cráter horroroso, cuando una misteriosa enfermedad devasta

cruelmente tus provincias y con marchas siempre progresivas, se ceba en tus mas opulentas ciudades, y lleva simultáneamente la desolacion y la muerte á tantos pueblos, sembrando el llanto en todas partes, y amontonando ruinas y cenizas en nuestro derredor: cuando el Anjel de la mentira, con su aliado el genio de la discordia, logró en nuestra madre patria deslumbrar y fascinar dolosamente una masa considerable de ciudadanos, que audaces proclaman un rey, cuyos pretendidos derechos no tienen garantia alguna ni en nuestras venerandas leyes, ni en el tribunal sacrosanto de la justicia, ni en el procomunal del pueblo, ni en la relijion que profanan sacrílegamente, haciéndola servir de pretesto y apoyo á una ambicion y interes desmedidos: cuando despertando el Leon casi dormido de la Iberia, ha estallado el grito de subversion y de alarma, y resonado en algunos de sus ángulos las detonaciones y ruido estrepitoso del cañon; y esto no para sacudir el cetro de hierro que osára imponernos un invasor tirano y déspota, sino para precipitar del trono á la inocencia y á la horfandad, á quien aclaman nuestra REINA los mas inconcusos é incuestionables derechos de lejitimidad, que no puede menos que reconocer y respetar la voluntad casi jeneral del pueblo; y para encender una guerra intestina que hace correr la sangre á torrentes, y cubre de cadáveres nuestros campos; males en que nos envuelve una faccion aleve é hipócrita que aspira inicuamente á derribar y postrar del augusto solio á la heredera de S. Fernando, y á ceñir cobardemente con la corona de las Españas las sienes de un príncipe, que no plugo á la Divina Providencia destinarlo para su monarca: cuando un partido impío y antípoda de nuestra relijion, acaba de levantar en la capital el hacha deicida, y de embotar el puñal asesino en los pechos de los venerables sacerdotes representántes de aquella, que inermes se ocultaban tal vez en la lobreguez del cláustro, y se colo-

caban entre el vestíbulo y el altar...... ¡Dios de las venganzas, que nuestro actual llanto espie tan sacrílego atentado!...... ¡Cuando algunos ministros del Santuario (lo decimos con rubor) desaconsejados y temerariamente apóstatas de su profesion y sagrado carácter, se han mezclado vilmente en las filas de los rebeldes, y atizado la tea de la discordia, dando asi ejemplo de insubordinacion y rebeldia á los mismos que deberian inspirar sentimientos de paz y de obediencia, comprometiendo la opinion del ilustrado y virtuoso clero español, y exponiéndolo á la animadversion del pueblo falto de criterio y de discernimiento: cuando todos los gabinetes estan en espectacion de los resultados que ofrecen las vicisitudes que se atropellan y aglomeran en nuestro mal: cuando...... no mas, Dios mio, no mas descubrir las profundas llagas abiertas en el corazon de la infeliz España. ¡Memorable año 34, tu solo formaras época en nuestras historias, llenaras muchas de sus pájinas, en las que no podrán fijar la vista sin conmocion las jeneraciones futuras, que llorarán sobre nuestra tumba las desgracias que les legamos en patrimonio!

¡Cuándo será, amados compatriotas, que el cielo propicio á nuestras preces, confunda los consejos de sedicion que nos dividen, y apague el foco de insurreccion, que espíritus refractarios y protervos aborto de las tinieblas, prendieron en el sombrío subterráneo que elijieron para su region! ¡Plegue al Eterno, árbitro de los destinos de las naciones, dejar ya de verter en nuestro suelo el vaso de su cólera, que alimenta, en justo castigo, valiéndome del idioma de la relijion, el combustible devorador, cuyas erupciones asi nos aturden y abrasan! ¡Sí! que mas cuerdos sobre sus verdaderos intereses, los españoles hagan girar sobre sus goznes, y cierren por siempre las puertas del templo de Jano, y llevando en sus manos el verde olivo, rompan, tronchen el terrible acero, que habiéndose

afilado para rasgar el seno de la madre patria, y para esgrimirlo sobre aquellos hijos espurios, que traman rencorosos los planes de nuestra comun desventura, ha segado y cojido laureles, si, pero al fin salpicados de nuestra misma sangre.

Al emitir estas idéas, en desuso desgraciadamente en esta cátedra de paz y de reconciliacion, no se si se me inculpará de haber incurrido en digresiones que me hayan apartado algun tanto de la materia sobre que versó mi oracion; pero al menos me queda la alhagüeña satisfaccion de que no son intempestivas en la dificil situacion de la España, á quien amaga un ominoso yugo de depresion y abatimiento. ¡Mucho es de desear que el lenguaje de este sagrado sitio no disienta del que, estimulado de mi conciencia, he usado en esta ocasion! ¡Qué lejos de diferir de aquel abunde en el mismo sentido y progresarán menos las causas de nuestra lamentable escision! porque al fin no puede disputarse á la relijion Santa su influencia en la suerte de los pueblos; influencia que mas de una vez inclinó la balanza en la oposicion de sistemas políticos á favor de aquel que la proclamaba. En nuestra agitada cuestion yerran, y erraran eternamente los que deturpándola y marcándola con mil formas supersticiosas y fanáticas, osaron prevalerse de su prestijio y preponderancia. Afortunadamente entendemos demasiado bien sus amaños, para que logren nuestro engaño y seduccion.

¿Y qué diques opondremos á tamaña inundacion de males? ¿Qué barreras atajarán esas fuertes avenidas de infortunios y de catástrofes? Que los talentos sobresalientes de nuestra patria defiendan con sus plumas, insiguiendo una pauta de moderacion, la causa de nuestra inocente REINA; que los injenios distinguidos, en que es fecundo nuestro suelo, se consagren á adelantar y perfeccionar las artes, que dieran la prosperidad y explendor á nuestra ama-

da nacion, nivelándola con los pueblos mas cultos de Europa; que los padres conscriptos, llamados cerca del trono por nuestra benéfica Reina Gobernadora, desplieguen la enerjia y constancia de nuestros abuelos, concurriendo con sus luces á levantar el edificio social sobre las bases sólidas de una lejislacion justa y sabia, y de la relijion; que los ministros del Señor instruyan al pueblo de sus sagrados deberes, y eleven sus votos al Eterno, para que se digne afianzar la diadema que ciñe la segunda ISABEL; que todos los españoles, al fin, ansiosos de que su nacion ocupe el rango que le corresponde entre los pueblos civilizados, rodeen el augusto trono para prestar pleito homenage á la Nieta de Cárlos III, y oponer sus invictos pechos para salvar el sacro dosel de los embates de la rebelion; y entonces habremos logrado levantar la valla que no podrán conmover las potestades evocadas del Averno, que no vacilará por las aberraciones de una faccion fratricida: obstáculos se presentarán que vencer, dificultades mil que superar: empero nuestra piedad encontrará un eficaz recurso en María Santísima, nuestra Madre adorada. Acorramos á sus aras, y ofreciéndole el sacrificio de nuestras inmoderadas pasiones, prometiéndola un escrupuloso cumplimiento de nuestros deberes relijiosos, expongámosla las urgentísimas necesidades de nuestra nación. Vírgen Santa, PASTORA del pueblo hispano, protejed la nave fluctuante de nuestro estado, asegurad el cetro en las manos de la tierna ISABEL, defended, conservad la vida de la augusta Viuda del séptimo Fernando, iluminad, inspirad á los Padres de la pátria que han de entender en nuestras indispensables reformas; perpetuad en esta nacion eminentemente católica la relijion de nuestros padres; alumbrad á los que obcecados y poseidos de un espíritu de vértigo conspiran contra el trono, que como hijos de una misma madre pátria vengan á nuestros brazos, y nosotros guiados de nuestra sacrosanta relijion, les daremos el os-

culo de paz; derramad por último vuestras celestiales bendiciones, que mejoren la suerte de todo el pueblo, y nos proporcionen los auxilios, que encaminándonos por los senderos de la justicia, nos hagan arribar felizmente, cuando toquemos el término del plazo prefijado á nuestra vida, á la Sion venturosa de la gloria.

AMEN.